

En viaje

(EL MÁXIMO DE LECTURA, POR EL MÍNIMO DE PRECIO)



Patio en la casa del fundo

La Iglesia de Piedra de Cobquecura

La formación de "La Iglesia de Piedra" y de las muchas otras maravillas que la madre naturaleza ha venido formando a través de remotísimos siglos, tiene su origen, podría ya decirse indiscutiblemente, en la braveza del mar, y en que la furia de las olas movieron cual ciclopes los rodados peñascos para lanzarlos y abatirlos en sus embates contra las rocas inamovibles, hasta convertirlos con su vaivén y chocar constante en minúsculas partículas de arena y formar, por fin, en los áridos y gigantes peñones o acantilados, otros tantos huecos, concavidades o cavernas marinas.

La ininterrumpida cadena de cerros que rodean al pueblo de Cobquecura, a modo de grandes fortalezas y en partes como cortados a cincel, están casi todos ellos lamidos, en sus laderas sin vegetación, como una demostración geológica cierta que las olas del mar, en remotísimos y milenarios tiempos, los hubieran golpeado, lavado y alisado. Esta misma parece ser la verdad de la serie de pequeños cerros aislados que todavía quedan, y también la explicación de las muchas cuevas a los pies de los grandes o pequeños cerros costeros. Lo propio es, pues, lo que en épocas pretéritas ha sucedido con los que antes fueron enormes cerros ahogados dentro del mar como "La Iglesia de Piedra", "El Agujero del Puelche", "La Caverna

de Santa Rita", "Los Arcos de Calán", "La Piedra de la Ventana", "El Arco de los Novios" y otros en este caso, y que hoy se encuentran junto a la playa por efecto de las retiradas paulatinas del mar hacia occidente, fenómeno este mismo que puede observarse después de años de conocidas aquellas playas y también al presente por las ondulaciones arenosas formadas por las altas mareas.

"La Iglesia de Piedra" es una gran mole de piedra dura, horadada, la que vista a la distancia semeja un dromedario gigantesco de épocas antediluvianas, rendido, echado a la orilla de la playa, como bien lo ha dicho don Darío Brunet o como ya la describe el P. Honorio Aguilera Chacón: "Por fuera semeja un inmenso camello recostado y cuya cabeza se interna un tanto en el mar agitado". Naturalmente que estas semejanzas obedecen al avanzar uno por el lado sur, pues sus perspectivas cambian inobjetablemente al ser miradas desde otros ángulos, ya cercanos o distantes, así sea del mar hacia la playa o viceversa, o como pudiera ser por el costado norte.

Al acercarse siempre por el lado sur, y después de ver ya sus contornos, se divisa hacia el extremo oriente de ella una claridad que proviene del pasadizo que perfora la Iglesia, ya a manera de túnel o en forma de por-

Por **ARTURO AREVALO**

tada, a 25 metros de altura y a 4 ó 5 de ancho. Por estas dimensiones mismas puédesse ya comprender que la longitud exterior sea de 150 metros por 40 de alto en la parte central máxima y 10 metros bajo el interior del techo de esta caverna rocosa. Puede que esta última altura vaya con los años quedando en menos por el avance de las dunas principalmente, lo que desde luego sería lamentable, restándole así imponencia a su interior: "su belleza solemne, si pudiera decirse —reconoció el periodista señor Fortunato Santibáñez Rogel— está al entrar a las galerías que han labrado las olas con su ir y venir milenar y sin fatiga. Es algo impresionante, achica el espíritu del hombre y asocia la edad mitológica, dándole toda la razón a aquella época".

Aparte de las dos puertas de entrada que por dentro convergen entre sí y una de salida al mar por la que se introduce la luz del sol y los rayos de la luna, como para hacerla más viva o misteriosa, la Iglesia de Piedra tiene una bóveda húmeda inmensa, de la cual caen, aun en pleno verano, escasas gotas de agua, tal como si fuera a empezar una lluvia. De esta misma bóveda se desprende una "gran columna central, la que descende disminuyendo hacia el suelo de la caverna en forma prismática y tiene como 8 brazadas en contorno en la base", según así lo aprecia y asevera, con toda precisión, don Darío Brunet, quien, además, a punto seguido, agrega: "Las paredes interiores son de un color gris verdoso, con manchas rojizas por efecto de los líquenes, filtraciones de agua e irisaciones de luz; se diría que sonuntuosas colgaduras de tapicería o de ricos terciopelos de Lyon".

"Al penetrar —habla nuevamente el P. Honorio Aguilera— uno se siente cual si estuviera realmente en una iglesia verdadera, enorme, antiquísima y pétreo. Tiene una sola nave inmensa, repetimos con este mismo autor: dos puertas de entrada y una de salida; dentro se encuentran varios objetos pro-

"La Piedra de la Ventana", una de las rocas que adornan la playa de Cobquecura





En la playa y al frente, el extremo poniente de "La Iglesia de Piedra"

pios de un templo. A la entrada —hacemos proseguir en su relación a don Dario Brunet, —hay un crucifijo formado por grietas y al lado una pila de agua bendita—, y para salvar la omisión en que involuntariamente se parece incurrir por algunos, diremos que frente a la pila, que tiene una escalinata natural de acceso a ella, hay una gruta con la extraordinaria semejanza de un confesonario. El interior sobrecoge, aturde bajo la magnificencia estupenda de sus proporciones, con el silencio, el eco del oleaje, de lo bello y de lo eterno. Nada nos habla más de la potencia infinita del Creador que extasiándonos bajo la bóveda de este templo milenario, digno rival del de Salomón y del de San Pedro en la colina vaticana".

Y a propósito, el Dr. Lucas Sierra nos relataba algo parecido a esta misma precitada comparación: "Los embates incontenibles de las olas, desde centenares de años o miles de centenares, que en cuanto a la vida de las rocas los geólogos no se acortan por unos cuantos miles de años de más o de menos, han labrado dos majestuosas naves, capaces de formar el orgullo aun del templo de Salomón".

"En verdad es de quedarse extasiado admirando esta majestuosa obra construida por el azote de las olas caprichosas que ahora apenas besan con su blanca espuma las paredes de la sagrada construcción"; según así, en abril de 1930, en "El Clarín" de San Bernardo, el señor Gustavo Figueroa escribía bajo el título: "Cobquecura, tierra de flores y bellezas naturales".

Por la furia fenomenal de las líquidas montañas marinas, Fr. Salvador Cancino, en presencia de la majestad de "La Iglesia de Piedra" e invadido de admiración y de temor, motivos que en aquel pleno invierno eran razones, nos hace el efecto de un deseo incumplido y desgarrador, cuando dice: —"No hemos podido internarnos para poder observar con detención las maravillas de este natural monumento, pero desde muy cerca hemos hecho penetrar nuestra mirada, y hemos quedado sobrecogidos de admiración al ver la misteriosa magnificencia de sus grabados que hacen crecer en el alma las más vivas llamas del fervor y de la devoción".

La parte encimera de "La Iglesia de Piedra", que suele a veces dar la impresión de la capa-

razón de una tortuga gigante, está cubierta de chupones que bien florecidos presentan los colores verde-rojo-violáceos y también de varias otras plantas verde-oscuras y plomas, y de algas azules, plantas silvestres éstas y marinas que, en gran parte, forman allí una feliz y policroma conjunción.

El Dr. Lucas Sierra concluía así su interesante, exaltadora y poética narración: "Los turistas chilenos que se desviven en el extranjero por visitar las costas de Bretaña o las playas de Ostende y Deauville, Atlantic City, etc., harían bien en contemplar primero y conocer las bellezas de nuestro propio país. Cobquecura es una de esas bellezas".

Así es, pues, cómo se describe por muchos a este extraordinario monumento de "La Iglesia de Piedra", que parece los dioses de las profundidades del mar hubieran olvidado, en su huida hacia otros mundos, dejar allí, como para deleite, admiración e inspiración de la estirpe humana. Y así como ellos, enamorados visitantes de este pedazo costero de la tierra fiublina, muchos otros, como Mont-Calm, seudónimo del señor Antonio Varas, de Cauquenes, escritor y corresponsal de "El Mercurio", en Europa, han quedado arrobados ante la majestad solemne de las cobquecuránicas peñas, y mucho más de aquel templo rocoso, en cuyo interior suele parecer a veces alternar el silencio con el fragor melodioso de las olas del mar...

A. A.

La salida norte de la famosa "Iglesia de Piedra"

